

“ABRIR LAS PUERTAS”

19 de Abril de 2020

Evangelio según san JUAN 20, 19-31

Ya anochecido, aquel día primero de la semana, estando atrancadas las puertas del sitio donde estaban los discípulos, por miedo a los dirigentes judíos, llegó Jesús, haciéndose presente en el centro, y les dijo:

- Paz con vosotros.

Y dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos sintieron la alegría de ver al Señor. Les dijo de nuevo:

- Paz con vosotros. Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros.

Y dicho esto sopló y les dijo:

- Recibid Espíritu Santo. A quienes dejéis libres de los pecados, quedarán libres de ellos; a quienes se los imputéis, les quedarán imputados.

Pero Tomás, es decir, Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le decían:

- Hemos visto al Señor en persona.

Pero él les dijo:

- Como no vea en sus manos la señal de los clavos y, además, no meta mi dedo en la señal de los clavos y meta mi mano en su costado, no creo.

Ocho días después estaban de nuevo dentro de casa sus discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús estando las puertas atrancadas, se hizo presente en el centro y dijo:

- Paz con vosotros.

Luego dijo a Tomás:

- Trae aquí tu dedo, mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Reaccionó Tomás diciendo:

- ¡Señor mío y Dios mío!

Le dijo Jesús:

- ¿Has tenido que verme en persona para acabar de creer? Dichosos los que, sin haber visto, llegan a creer...

α ---- Ω

La comunidad cristiana se constituye alrededor de Jesús, vivo y presente, crucificado y resucitado. Él está en su centro, infundiéndole confianza y seguridad al mostrarle los signos de su victoria sobre la muerte.

El relato de la aparición de Jesús a los discípulos tiene muchos puntos de contacto con la celebración de la eucaristía. En primer lugar, aparece la comunidad como algo distinto del mundo, y Jesús, vivo, en su centro. Jesús no se desplaza, como lo haría si apareciera en figura humana; se hace presente en medio del grupo. En segundo lugar, ese Jesús presente, aunque está en su condición de resucitado, no muestra ningún rasgo glorioso ni suscita la admiración de los discípulos. Otros datos que apuntan a la eucaristía son la hora en que se sitúa la escena, «ya anochecido», y «el día primero de la semana», que las comunidades adoptaron para celebrar la reunión cristiana.



La presencia de Jesús lleva en ella el recuerdo de su muerte; su costado, abierto en la cruz, es la expresión permanente de su amor.

Ahora bien, la experiencia comunitaria del amor de Jesús, expresado en su muerte, y de su victoria sobre esta, es precisamente la de eucaristía. La asimilación a su carne (vida histórica) y sangre (entrega), que lleva al compromiso con la misión, es fuente del Espíritu.

Se presenta también la eucaristía como éxodo, no por el alejamiento físico del mundo, campo de la misión, sino por la identificación con Jesús, que excluye los valores del mundo. La comunidad que la celebra se encuentra en la tierra prometida, que es, al mismo tiempo, punto de llegada y camino incesante hacia el Padre, secundando la obra del Espíritu que recibe con la entrega cada vez mayor al bien de los hombres. Esta tierra prometida se transformará en la definitiva, cuando la nueva humanidad suba con Jesús al Padre.

TOCAR LAS LLAGAS

La resurrección de Jesús es una obra de curación, de sanación del lado más débil de la historia. Por eso, no ha de extrañar que sepamos si vamos entendiendo y viviendo la resurrección en la medida en que colaboramos a curar las llagas de esta vida.

Tocar las llagas: He ahí la manera concreta, histórica, de creer en la resurrección. En el Evangelio no se cree tanto por vía de verdad cuanto por la de la experiencia solidaria con el débil. Tocar las llagas para curarlas es creer en la resurrección. Lo es también hacerse cercano a esas llagas, compartir sus silencios y su herida.

Una Fe que cura: Jesús manda a sus discípulos a que «curen» (Mt 10,1). Se cree en Jesús en la medida en que se cura. Un Evangelio que no curase no sería el de Jesús. Curar la corporalidad, los sentimientos, las historias personales y toda la herida social es la gran tarea de quien vive animado por la fe en la resurrección.

Conclusión: Aunque estemos «heridos», podemos curar. Las curaciones, por pequeñas que sean, aumentan el caudal de la vida. Celebrar la resurrección curando la vida es la mejor manera de hacerlo.

El «miedo» puede bloquear nuestras mejores energías. Con miedo no es posible amar al mundo. Pero, si no lo amamos, no lo estamos mirando como lo mira Dios. Y, si no lo miramos con los ojos de Dios, ¿cómo comunicaremos su Buena Noticia? ¿Quién se atreverá a tocar a algún leproso excluido? ¿Quién se sentará a la mesa con pecadores o prostitutas? Los que quieran buscar al Dios de Jesús nos encontrarán con las puertas cerradas.

¡SÍ, ES JESÚS! HE RECONOCIDO SUS MANOS NO POR LA HUELLA DE LOS CLAVOS, SINO POR LOS CALLOS DEL CARPINTERO.



«Si sientes del dolor de los demás como tu dolor, si la injusticia en el cuerpo del oprimido fuere la injusticia que hiere tu propia piel, si la lágrima que cae del rostro desesperado fuere la lágrima que también tú derramas, si el sueño de los desheredados de esta sociedad cruel y sin piedad fuere tu sueño en una tierra prometida, entonces habrás vivido la solidaridad esencial».

(Che Guevara)

PARA REFLEXIONAR

- ✓ ¿Cómo es mi fe en Cristo resucitado?
- ✓ ¿Reconozco las llagas que hay a mi alrededor?
- ✓ ¿Qué hago yo para curarlas?